

BRUJERÍA

¹Jorge Reinel Pulecio Yate

*¹Oficina de Paz, Universidad de la Amazonia
E-mail: jrpulecio@gmail.com*

¿Cómo les digo? La verdad en esos tiempos él movía masas en Florencia, pero a mí me movía el piso. El piso y mucho más. Por él abandoné a mi novio de toda la vida, me peleé con mis papás y mis hermanas, quemé el toldillo y las toallas de la casa una noche de arrebató, perdí noveno de bachillerato y luego me tomé un veneno para ratas que me mantiene flaca hasta el día de hoy. Todo por él. Aunque no estoy segura si todo sucedió así o me lo imaginé.

Si tuviera que volver a empezar, digo, empezar a amar y a soñar, me dedicaría a ser bruja. Bruja de verdad. Para eso tengo un don. Créanme. Yo sé que soy bruja pero cuando les explique lo que hago y lo que conozco del futuro, ustedes estarán de acuerdo conmigo: tengo un don y soy bruja.

Al principio mis papás creían que era un maleficio. Yo contaba las cosas malas que iban a suceder, y sucedían. Tenía como cinco años cuando mi madre descubrió que yo me anticipaba con mis visiones a los acontecimientos. Pero siempre eran cosas malas. Supe un día que mi hermana mayor iba a tener viruela y a los dos días ella estaba que ardía de la fiebre y con los granos. Otro día tuve una visión sobre el bus escalera de mi papá, que se volcaba, y vi mucha gente sangrando y gritando de dolor, justo tres horas antes del accidente. Mi papá dijo primero que yo había oído la noticia por la radio y que no había contado, pero cuando confirmó los tiempos dijo que yo era ave de mal agüero y me prohibió volver a hablar de mis visiones. Se las seguí susurrando en secreto a mi mamá hasta que ella también me prohibió hablar del futuro, y luego mis hermanas y las amigas del colegio, "Los Sagrados Corazones", y así hasta que me quedé sola, sola con mis visiones del futuro trágico.



Un buen día de mayo de 1978, cuando las lluvias arrecian en la Amazonia, tuve una visión sorprendente y no pude aguantarme las ganas de contarla. Entré corriendo al comedor donde mis padres, mis tres hermanas y dos hermanos se inclinaban para dar gracias a Dios por los alimentos que íbamos a tomar, y les grité a todo pulmón: ¡Acabo de ver a mi abuelita Jacinta y a mi abuelito Antonio que vienen a visitarnos! Se hizo un largo silencio en el recinto. Mis hermanos al final murmuraron algo así como ¡está loca! Mi mamá hizo una mueca de tristeza y se retiró a la cocina. Pero mi papá, todo ofuscado, vino hacia mí, se arrodilló y casi llorando me dijo: "¿por qué sabes eso mi amor? Dime que alguien te lo contó". "No papá. Lo acabo de ver".

La visita de los abuelitos, desde Pereira a Florencia, era un secreto que solo conocía mi papá. Vendrían de sorpresa al cumpleaños de mi vieja el 11 de mayo. Pues yo los vi llegar, entre lluvias y relámpagos, un día antes del cumpleaños.

Desde entonces me dediqué a contar solo las cosas buenas que yo sabía que iban a suceder. Pero las cosas malas las seguí viendo, aunque me las tragaba en la soledad de mis años mozos.

Con el tiempo aprendí a controlar mis visiones y a contarlas solo cuando era adecuado. Descubrí que podía hacer el bien tratando de evitar las desgracias, recomendándole a las futuras víctimas que no viajaran, que no bebieran, que no se subieran a ese avión, que no hicieran ciertos negocios, así hasta los más íntimos detalles, pero no había salvación. Casi nunca me hacían caso. Luego venían y me preguntaban: "¿Bueno, y usted por qué me recomendó eso, qué sabía usted, por qué no me explicó mejor? Ah! Si yo le hubiera parado bolas no habría perdido mi casita, usted me trajo mala suerte no, perdón, fui yo quien no entendió "

Fui cogiendo fama. Fama de peligrosa. De niña fatal. De medio bruja y medio loca. Las amigas me preguntaban si ese o aquel muchacho las cortejaría, si sería buen marido, si sería bueno en la cama, pendejadas de esas que yo aprovechaba para mamarles gallo, sí, porque visiones de esas nunca he tenido, claro, pero lengua no me ha faltado.

Lo peor fue ese día fatal de 1981, cuando llegó a casa mi papá con el comandante de la Policía: "Mijita, por favor, no se ponga brava. Ya sé que no te gustan estas cosas pero mi Capitán quiere que tú le ayudes, mi amor. Él supo de tu don. Yo no le conté. Él se enteró por su cuenta y fue a buscarme al Café Real. Y quiere que tú le digas dónde está ese arsenal que se llevó la guerrilla del avión de Aeropesca. Él sabe que el 18 de octubre tú viste que iba a acuatizar un avión inmenso en un río del Amazonas, y sabe que no te creímos. Ahora él quiere que cuentes todo lo que ves del futuro, para recuperar esas armas, por favor mi amor".

Se imaginarán mi reacción. Ni para qué les cuento. Total fue la última vez que hablé con mi papá. Y fue a los gritos, cuánto lo siento Cogí mis chiritos y hasta el sol de hoy. Después el viejo me perdonó, cuando supo que el Capitán me buscaba dizque por subversiva y

hechicera, daba lo mismo. Yo también lo perdoné, claro, pero me costó mucho. No sé por qué, pero visiones sobre mi propio futuro nunca las he tenido. Le puedo predecir el futuro trágico o el futuro bendito hasta al papa, o a los presidentes, pero no he logrado descubrir nada sobre el mío. Tal vez fue por eso, porque no descifré mi futuro, por lo que anduve perdida, como ya les dije, detrás de ese churro de aventurero que conocí a mis quince años, un día que pasó por el colegio, hablando de la Amazonia y de cosas raras, de historias perdidas y futuros colectivos, de sueños que no entendí y que no me interesaron. Lo único que supe de mí, desde entonces, fue que el mundo no sería mío, ni sería bello, si no lograba atraparlo a él con mi brujería y con mis encantos de hechicera virgen.

Ya son 34 años, los mismos que tiene mi hija mayor, los que llevo perdidos o ganados, no sé, vagando detrás del espejismo de ese muchacho taciturno que con sus discursos movía masas, encantaba niñas peregrinas y desataba guerras sin memoria. No pierdo la esperanza de encontrarlo un día para presentarle a Mar de Selva, su hija, nuestra hija. Aunque lo dudo: otras brujas cuentan que también ellas lo hechizaron, tiempos después, luego que lo atrapara esa noche el Capitán Tuirán, el amigo de papá.